

La incómoda virtud

En una obra del injustamente olvidado Jacinto Benavente, se escenifican las tribulaciones de un bondadoso frailecillo, cuyos milagros y acciones chocaban con las circunstancias sociales y políticas de su imaginario país. El representante oficial de la Santa Sede, un «dilettante» y exquisito arquetipo de la diplomacia, comentaba la incómoda situación provocada por el pobrecito fraile con esta expresiva frase, que da título a la obra: los santos están bien «para el cielo y los altares».

Efectivamente, la santidad, la virtud, la ejemplaridad han sido siempre molestas y poco prácticas. Más aún, parece como si estimularan la animadversión y el deseo de corromper, rebajar y destruir a quien aparece como modelo intachable. Quizá esta reacción sea consecuencia del enrarecido ambiente de nuestro mundo, que no soporta la denuncia de los falsos valores que constituyen el objeto de su agitada e impaciente actividad. De ahí la irritación que las obras, las palabras y los hechos de quien se atreve a desafiarlo suscitan;

y de ahí, también, la incomodidad, el desasosiego, la inquina que producen y que acaban, inexorablemente, en la búsqueda de medios para su desprestigio y hundimiento.

Quienes piensen que existe exageración en lo dicho, no tienen nada más que mirar alrededor para comprobar su certeza. O recordar el pasado donde encontrarán un muestrario amplio y diverso, digno de figurar en una antología de la infamia. No ha existido persona que al sobresalir de la altura media intelectual o espiritual, no haya provocado en su entorno inquietante antipatía que, poco a poco, se ha transformado en abierta hostilidad para desembocar, por último, en profundo odio. Que nada duele tanto ni resulta tan agresivo e hiriente, como que se ponga al descubierto, por comparación, la propia suciedad, las íntimas deformidades y el triste papel de villanos en que, por cobardía o maldad, se ha convertido el destino individual.

El gran pecado del español, se dice, es la envidia. Pero no creo que en este aspecto sea la envidia el principal com-

ponente de la animosidad hacia el ser ejemplar; actuará, posiblemente, como un elemento catalizador de la reacción en una mezcla donde se funden bajos intereses, egoísmos inconfesables, perversa y anormal satisfacción en causar daño y en manchar la limpia imagen del que, a pesar de todo y precisamente por ello, no hay más remedio que reconocer como mejor.

Confieso que soy reiterativo al señalar siempre, como ejemplo, movido por mi admiración, a figuras espléndidas como nuestra entrañable, enérgica y reformadora Teresa de Jesús, al delicado y tímido Juan de la Cruz o al inmenso y profundo Fray Luis de León, todos ellos perseguidos, maltratados y temidos, paradójicamente, en una época sometida a fuerte presión religiosa. Persecución, por otra parte, lógica dado el revulsivo que para una sociedad dormida en su inercia, supone cualquier idea de renovación y cambio perfeccionadores.

La sospecha de que la bondad, la honranderz, la honestidad y mu-

cho más su excelsa culminación en la santidad, son virtudes que no encajan en el engranaje de nuestro mundo, que distorsionan y entorpecen sus actuaciones, que dislocan su funcionamiento, que impiden la normal relación entre los distintos intereses, tiene, por desgracia, validez permanente.

El caminar histórico a trompicones, de crisis en crisis, de conflicto en conflicto, de guerra en guerra, no parece tener otra explicación que esta constante y casi eterna prevalencia de los bajos valores, de los insaciables egoísmos, tal vez disminuidos conforme avanzan los tiempos, pero todavía potentes y decisivos.

Hay que desear, con calor y fuerza, que en un futuro no muy lejano, nadie se vea obligado a preguntarse, como cierto personaje ante el mal que le habían inferido: ¿Qué buena acción o favor les habré hecho para que me odien tanto?

Miguel MOLINA